

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

### **Thomas Molnar: LE MODELE DEFIGURE. L'AMERIQUE DE TOCQUEVILLE A CARTER (\*)**

Nuestro amigo Thomas Molnar, a quien conocimos personalmente en Lausanne, en uno de los Congresos del *Office International*, es de los escritores que más agudamente vienen observando la pluriforme realidad actual. El pasado año publicó una obra que podemos catalogar entre las más importantes y significativas de las aparecidas en estos últimos años.

El autor, al expresar el *propósito* de la obra, subraya que los Estados Unidos exportan hoy su mentalidad, sus problemas, sus expresiones, su estilo. Francia y Europa están hoy americanizadas, como estuvieron anglicanizadas en el siglo XIX y como Europa fue afrancesada en el siglo XVIII. «Invenciones» europeas de todo tipo —desde la pedagogía de Rousseau al psicoanálisis de Freud—, frecuentemente bloqueadas o canalizadas por el sentido de la medida en Europa, se han desarrollado plenamente en América, de donde son reexportadas hacia su continente de origen como modas invasoras con sus doctrinas profundamente transformadas.

En el año del bicentenario de los Estados Unidos, Thomas Molnar, nacido en Hungría y residente en ellos desde hace años, donde desempeña la docencia universitaria, toma como punto de referencia las observaciones que Alexis de Tocqueville expuso en 1830 en su libro *De la démocratie en Amérique*, y compara el *modelo democrático*, observado por este ilustre escritor francés, con el que la actual evolución presenta ahora. Trata así, Molnar, de contestar las interrogaciones que dejó aquél flotando y de confrontar sus previsiones con los actuales resultados. Así, con la perspectiva de ciento cincuenta años de distancia, repone sus *mismas cuestiones*.

I. Tocqueville atribuía la estabilidad del sistema democrático americano a la juiciosa distribución del poder administrativo, en todos sus escalones, en los que el ciudadano participaba de la cosa pública, de tal modo que la sociedad actuaba por sí misma. Molnar

(\*) París, *Presses Universitaires de France*, 2.º trim., 1978, 223 págs.

muestra, como contrapartida actual, cuán fácilmente podría hoy un grupo de intereses, tan legalmente constituido como se quiera, dictar el curso de los acontecimientos. Advierte, ciertamente, que la mentalidad del liberalismo americano estima que queda contrarrestado este riesgo por el mismo curso de los acontecimientos que, como reacción a tal predominio le contrapondrá el de otra institución u otro grupo, que corregirá los males de aquél, «con la ayuda de la buena visión y asiduidad de un electorado informado y consciente de sus deberes cívicos».

¿Expresa esta misma creencia un signo de estabilidad a toda prueba —pregunta el autor— o bien es una muestra de carencia de imaginación? Tocqueville, que estimaba esa estabilidad como efecto de la participación de todos, incluso de los emigrantes más recientes, explicó que esta participación, efectuada naturalmente en los gobiernos aristocráticos por los cuerpos secundarios, se realizaba en el sistema democrático americano por la asociación «artificial y momentánea» de los ciudadanos mediante asociaciones privadas. Molnar recoge la observación del escritor francés de que en América los hombres con opiniones muy alejadas de las de la mayoría nada pueden contra el poder de ésta, para hacer notar que, con ello, aquél diagnosticaba una situación propicia a los demagogos, y no temperada sino por los caprichos de un pueblo que se cansa pronto de sus alagadores, sean quienes sean. Pero que con ello, y esto es lo peor, se produce el desaliento de los mejores. El resultado es un «antielitismo», pues los *bussinessmen*, a pesar de sus cualidades eminentes, son intelectualmente estériles, y no presentan jamás a la juventud otro ideal sino la eterna exaltación de la «práctica de la democracia».

El desaliento de los mejores se incuba en la propia carrera escolar, que inculca, como una ideología, la aceptación de la mediocridad: en los estudios, en las relaciones humanas, intelectuales o espirituales. Se las «canaliza» hacia lo rentable, hacia un horizonte seguro pero achatado, hacia las ocupaciones «sloganzadas». Esto produce en las élites frustradas ya sea un odio hacia la sociedad o bien su apartamiento de los negocios públicos, ante la presión anónima, pero pesada, de la democracia. Los que llegan a ocupar plaza en esos puestos con notable movilidad, son más bien «manipuladores», miembros de grupos dominantes bien camuflados, casi invisibles, que dirigen a sus conciudadanos por numerosos *gimmicks* (publicidad, psicología, *slogans* indefinidamente renovados, sinceridad aparente, etc.) en política, en negocios, en lo cultural e, incluso en las manifestaciones religiosas, con lo cual la estabilidad del *sistema*

americano reposa en el sacrificio de sus espíritus más distinguidas. La cultura se aparta de la política, que se nutre con una clase profesional notoria por su pobreza de intelecto y de imaginación.

La libertad americana, noción la más querida en el siglo en que se constituyeron los Estados Unidos, expresada por la frase «Cada ciudadano es rey», está hoy preservada de su desbordamiento en la anarquía por esa misma falta de imaginación y el conformismo de los americanos. Se habla mucho de la «mutación» de las costumbres americanas a partir de 1968, que, antes puritanas, se han hecho libres y sin constricción. Del cabello cortado como un cepillo, del enrojecimiento ante la mención del sexo, del continuar la carrera de «papá», se ha pasado, de un día para otro, a los cabellos largos, a los *records* de sexualidad y al abandono de la familia por la comuna. Pero Molnar ve en ello un nuevo conformismo, en el mismo puritanismo, que busca la realización del sempiterno ideal americano de «la libertad sin freno, la igualdad total, el bienestar absoluto, *The greening of America*», cambiando la fórmula del progreso en el orden y el trabajo, por la del crecimiento cero y el hedonismo, que es igualmente seguida de un modo puritano que da buena conciencia.

Según Tocqueville, el nuevo despotismo sólo podría surgir de una democracia de masa igualitaria y por la concentración del poder apoyado en las masas incoherentes y políticamente miopes. Pero, en tanto los distintos Estados integrantes de la Unión se mantuvieran fuertes y se conservaran las autonomías locales, no podría imponerse el mecanismo centralizador que constituye la gran tentación de las sociedades igualitarias. Hoy, a los ojos de Molnar, la situación es muy distinta: el gobierno y, sobre todo, la Corte Suprema, hace pasar aquellas «libertades» por un rodillo compresor, y las burocracias del legislativo y del ejecutivo gobiernan cada vez más, en simbiosis con la tercera rama: la judicial. Los burócratas de Washington constituyen una verdadera casta superior, que se cree investida del poder supremo de reglar los asuntos de la nación.

Molnar advierte el paso de dos revoluciones silenciosas en los Estados Unidos con un siglo de intervalo: la jacksoniana y la rooseveliana. En ambos casos, se extendieron los derechos sociales y económicos a los nuevos estratos con la ayuda de legislación liberal-progresista propia de los Estados Unidos, que siempre *deja abierta la frontera*. La *emigración en masa*, iniciada después de la guerra de secesión y concluida en 1920, coincidió con la *explosión tecnológica* y con las dos guerras mundiales, que abrieron a América el camino del imperialismo.

La explosión tecnológica permitió elevar el consumo hasta la

práctica del despilfarro sistemático. Convinada con la emigración en masa, dio nacimiento al *melting-pot*, que se identificó con la esencia del americanismo, dada la vocación de los Estados Unidos de atraer hacia sí los «rechazados y perseguidos» de la tierra. Confirmaba así su modelo de coexistencia por la felicidad y el bienestar de un microcosmos de humanidad, en espera de que el *melting-pot* se extienda al macrocosmos, como fusión de todas las razas en un futuro homogéneo. Esto no hizo sino fortalecer la profecía de los padres fundadores de la Unión acerca de la vocación universalista de América, en una especie de cruzada y de reconquista democrática, con un gran designio imperial.

II. El segundo capítulo de la obra describe el cuadro político de los U. S. A.

Característica del americano, joven o viejo, consiste en que apenas concibe lo «diferente» y considera como una aberración, divertida o dañina, la excepción al común denominador. Se la tolera sólo como un cuerpo extraño que conviene reducir, asimilar, envolver en fórmulas seguras.

Sin embargo, se ha producido el despertar de las etnias, con conciencia de su no reconocida alteridad racial, religiosa y social. Pero, es algo muy diferente al despertar de los nacionalismos corso, occitano, bretón, vasco, flamenco, escocés, báltico, ucraniano o kurdo. Estos tienen raíces en el suelo y en la continuidad histórica, aquéllos en una *negación de la negación*, es decir, una rebelión contra la fórmula que en U. S. A. sustituye a la pertenencia a la noción. El liberalismo básico de los Estados Unidos deja un amplio espacio a las aspiraciones sectarias y particularistas —pero reduciéndolas, por la tolerancia indefinida, a la inanidad, al folklore y a la neutralidad—, explica que el despertar de las etnias se manifieste en la búsqueda de una verdadera identidad. Es como una reacción contra el vacío creado en el alma por una identidad amorfa, que quiere vengarse de una represión sutil, inconsciente y, no obstante, casi mortal, en cuanto negadora de una necesidad legítima del hombre, la lealtad a una entidad definida y exigente. Sin embargo, negros, hispanófonos y pronto otros, tratan de introducir por vía legislativa su derecho a un porcentaje en los empleos, en los puestos, en las funciones públicas y en las actividades privadas, aunque este sistema de cuotas contradiga el principio del mercado libre, el de la concurrencia, la libre circulación de los talentos y la libertad de contratar a quien se quiera.

No olvidemos que «la experiencia americana» se fundamentó en

un optimismo radical, típico del «Siglo de las Luces», respecto del individuo. La nación es casi negada, en tanto que entidad tradicional con personalidad propia; las Iglesias son puestas en cuarentena, en cuanto son reducidas al papel de agencias sociales para la ayuda de los necesitados; y el sentimiento patriótico es disuelto en un cálculo metódico de la atribución a cada uno y a cada grupo de su cuota de participación en el sistema pluralista. De tal modo, los U. S. A. han sido higiénicamente contruidos para domesticar cuidadosamente las aspiraciones que trasciendan al individuo y le impongan sacrificios.

Queda, no obstante, la sed de pertenecer a alguna cosa menos muelle y amorfa que el espíritu nacional americano, un deseo profundo, tal vez inconsciente, de vengarse del aplanamiento sistemático impuesto por la sociedad permisiva. Pero, ese despertar de las etnias, su agitación tumultuosa, cree Molnar que se agotará en el vacío creado en torno suyo, a menos que el sentido del *melting-pot* no se debilite igualmente en otros puntos, aumentando las fuerzas centrífugas que llevarían a la Unión hasta descomponerse.

Recuerda Molnar que la República americana fue concebida en el odio al despotismo monárquico y en la visión optimista, muy del siglo XVIII, de que una vez se le hubiera privado a la ambición política de los medios de actuar sobre los derechos de los ciudadanos, ya no habría sino multiplicar los grupos de intereses para que su concurrencia natural obstaculizara las ambiciones de cualquiera de ellos. Esta idea forma parte del *seccionalismo* —o fragmentación en la igualdad— que preside las realizaciones del espíritu americano, la división de poderes, el federalismo, la igualdad de las Iglesias y su separación del Estado, y la animación de los grupos de presión. Sin embargo, hoy se plantea si la proliferación de los grupos de intereses y de presión es un bien indiscutible o bien una causa de empobrecimiento, es decir, un daño político. La dificultad va unida a las de determinar dónde concluye una empresa legítima y dónde comienza un grupo de presión, dónde acaba la información verídica y útil y dónde comienzan la propaganda y la publicidad mendaces.

Dada la concepción en U. S. A. del Estado, como producto racional de un contrato entre individuos libres e iguales, mínimo inevitable para la protección de los bienes de cada uno, en general se estima que los grupos de presión son el medio por excelencia para mostrar la inutilidad —y ¡la inmoralidad!— de la intervención estatal, y para oponerse a la instauración de un temible poder central desmesurado. Ese es el lado positivo, pero —añade Molnar— no debe disimularse el lado negativo. Los pequeños grupos son aplasta-

dos por los grandes. Varios sociólogos han destacado la reducción de los tipos de asociación a algunos modelos, siguiendo la tendencia hacia la homogeneización de la sociedad, que conduce a la concentración de los medios de comunicación y al monopolio de la televisión.

Lo cierto es que el Estado sufre un chantaje periódico y eficaz, en la persona del Presidente, de los miembros del Congreso, o del alto mando militar, incluso en política internacional, que mueve alternativamente a negros, polacos, israelitas, irlandeses, etc., sin que Washington sea capaz de escapar a las exigencias formuladas por grupos de presión compactos y bien organizados. Ello conduce a dos consecuencias paralelas: una, el refuerzo, camuflado, de los agentes del Estado que, seleccionados por poderosos grupos de vigilancia adquieren el gusto por la acción secreta; otra, una especie de anarquía producida por los grupos de presión, con la «feudalización» de los más fuertes. Se da lugar, así, a que se enfrenten la tendencia a acentuar el creciente influjo del Estado, para imponer la igualdad, y la fuerza de los grupos de presión, adquiriendo esta lucha los aspectos de un combate clásico bien conocido en la historia.

El equilibrio de poderes, el régimen presidencialista, su «control» por el bicameralismo, la independencia judicial y el ingenioso papel reservado a la Corte Suprema, especie de monarca colegiado, fue la base del sistema político elaborado por los fundadores de la Unión. Pero, hoy, se observa un inmenso crecimiento —canceroso según algunos— del papel de los presidentes y de la vasta burocracia de la que éstos se tienen que rodear dada la complejidad y urgencia de las decisiones que deben tomar. Así, a la influencia del conjunto de los representantes populares, se le superpone gradualmente la de esa burocracia presidencial, más decisiva para obtener favores que la de un diputado perdido entre la multitud de otros.

Resulta que el presidente por sí solo no es capaz de llenar todas las funciones que la Constitución le asigna, y así ocurre que, de hecho, no es él quien resulta todopoderoso, sino más bien la burocracia, en la que se sedimentan los sucesivos actos centralizadores efectuados por cada uno de los presidentes. «Las leyes —escribe Kurland— las hace hoy la burocracia, que asegura, asimismo, su ejecución». El cesarismo aparece de ese modo en el anticesarista Estado americano, y no se circunscribe a la Casa Blanca, sino que afecta por entero a los miembros de toda la clase política.

Para formar parte de ésta no es preciso pertenecer a una élite intelectual. La mayoría de sus integrantes son de la categoría de los *businessmen*, competentes, en general, pero desprovistos de otras

dimensiones. La burocratización de una sociedad de masas atrae a los mediocres. En América lo mediocre es objeto de publicidad, tanto los hombres como los productos. No hay, pues, contradicción entre lo gris de la clase política y el hecho de que sus miembros busquen ávidamente las ocasiones de «hollywoodización». No es, pues, extraño que, entre el pueblo y la clase de los *decision makers* (los que deciden), se sitúen anónimos manipuladores, a su vez burócratas o favorables a la burocratización en todos los niveles. La ideología de éstos no difiere de la del resto de la nación, pero de ella obtienen las últimas consecuencias igualitaristas. Así, la mayoría, que alegremente da su voto, va teniendo menor influencia en lo que sucede que se convierte en materia prima en las manos de sus gestores.

Los partidos políticos han ido dejando, cada vez más, de ser las correas de transmisión de la voluntad popular, formada en sus diversos cuerpos, y se ha ido convirtiendo, también cada vez más, en lugares de encuentro de los grupos de presión. No será el partido —republicano o demócrata— quien dé una dirección a la nación, o bien quien, por el contrario, impida el desarrollo en su seno de ciertas tendencias funestas. No es, por lo tanto, un cuerpo intermedio en el sentido toquevilliano; resulta demasiado amorfo para tener una política determinada, fuera de la prosecución de las tendencias generales en nombre de un pragmatismo que puede dar resultados buenos o malos.

Sus decisiones son tomadas por muy pocos, a través de la burocracia. Ambos partidos, ensamblando grupos de intereses capaces de coexistir, constituyen una alternativa de gobierno dentro del propio sistema. En su creciente monolitismo se orientan en dirección al Estado tutelar, sin que el electorado lo perciba. Uno y otro son casi absorbidos igualmente por el Estado al que a su vez absorben, presentando un conjunto poco diferenciado.

Ello tiene la ventaja de la estabilidad; pero inhibe la autocrítica y el espíritu de iniciativa en materia intelectual y espiritual. El monopolio indiscutido, e incluso inesperado, engendra la tentación, en especial en los demócratas cuando son mayoría, de ideologizar su programa en sentido de un pleno igualitarismo.

Aunque la fórmula observada por Tocqueville apenas haya variado, han cambiado las costumbres influyendo en el juego de los partidos en el sentido expuesto.

III. El *cuadro cultural* no ha podido menos que sufrir las consecuencias de la desconfianza americana hacia las élites, ya observada por Tocqueville. Por otra parte, el genio americano no es la ori-

ginalidad, sino la *inventiva*, que aplica las grandes ideas creadas por otros a las conveniencias de la vida cotidiana. Ello conlleva: a) la *comercialización* de todo, incluyendo el movimiento *hippy*, el álitico religioso, el psicoanálisis, los éxitos astronáuticos, todo con un «reduccionismo» que multiplica el *specimen* incomparable, masifica lo singular, socializa el genio, comercializa la creación, y, en suma, todo lo convierte en un *producto*; y b) la *reducción pseudo-científica*, accesible a los cerebros incapaces de alcanzar el nivel elevado de la verdadera ciencia, compensando al hombre de talento, al que le niega el puesto de élite, abriéndole, si entra en el sistema, las puertas del éxito, de la celebridad y de la fortuna.

Aquí, también en un océano de burocracia, se ahogan las élites entre un juego de influencias y, al final, quedan la esterilidad. Los fondos de las grandes fundaciones culturales privadas, aportados como fruto de la mala conciencia de los capitalistas, son distribuidos en general según los criterios dictados por la moda ideológica corriente.

Esa falta de élites sociales la suplen *élites invisibles*, y da lugar al fenómeno de los grandes *manipuladores* y de los *ídolos* o estrellas, puestos como modelos, *vedettes* que alcanzan un poder real, dinero, lujo, celebridad, que se exhiben ante un público enajenado y aparecen, en la publicidad o en la política, como élites en un paisaje sin élites.

La existencia de esos sucedáneos es una prueba más de que los americanos, como los demás pueblos, necesitan élites, pero que, al no poder satisfacer esa necesidad de un modo natural, se hallan en la lamentable situación de ser manipulados, en lugar de ser formados y guiados. Esa labor ocupa a espíritus mezquinos, pero repercute en otros más serios.

En política, los partidos funcionan, por ello, a un nivel extremadamente bajo: el candidato, cuando llega a serlo, es un ser cualquiera «robotizado» por las fórmulas a las que debe conformarse, castrado por el personal que le dicta sus menores actitudes, gestos y sonrisas, y, naturalmente, desde sus solemnes discursos hasta sus opiniones. Se trata, pues, de una clase política amorfa, no de una élite.

La guerra contra la misma noción de élite, conduce a la proliferación de *élites invisibles* que someten al pueblo a una incesante manipulación, que hábilmente enmascara, en nombre del «bien público, algún interés particular. El mismo modelo de propaganda para el consumo industrial y comercial es aplicado en toda manipulación, no sólo electoral, sino también en materia de educación, salud, religión, literatura y política internacional.

Advierte Molnar que no ha sido el capitalismo quien de ese



modo ha pervertido el sistema americano; sino, a la inversa, éste ha impuesto a aquél sus métodos publicitarios, basados en el estilo del *predicador puritano* —piedad, sinceridad, amenaza del infierno, promesa de compensaciones terrenas— y en la creación de una *red de distribución* que explota sistemáticamente la mala conciencia previamente creada. Así se forma un círculo vicioso de credibilidad masiva y de cinismo, jamás puesto en cuestión, pues la prosperidad y el éxito de toda la sociedad dependen de esa *red de manipulación*, en la que todos participan, cada uno manipulando al otro.

Molnar plantea la pregunta de si, dado que ningún sector de la clase política puede elevarse al rango de élite, la función elitista ¿ha sido asumida por otros medios sociales, en especial por las universidades y las iglesias?

La pedagogía progresista de John Dewey ya se orientó a lo cotidiano, haciendo que los estudios resultaran romos, vulgares y monótonos, sin exigir esfuerzo alguno intelectual del alumno-consumidor. Y la segunda gran reforma, producida al fin de la última guerra, que hizo de la enseñanza una empresa provechosa en cuanto asegurada por las subvenciones públicas, dio lugar a un proceso de socialización-comercialización de las empresas de enseñanza, que hacen uso de los mismos métodos publicitarios que las demás. De hecho, según dice Raymond Ruyer, en su libro *La gnose de Princeton*, las universidades y colegios americanos preparan una masa de mediocres provistos de un diploma, que les permite circular en todos los ámbitos de la sociedad democrática industrial-socializada-burocrática. No es considerada la universidad americana como un lugar de maduración intelectual, sino como una estación de servicio de la sociedad, como las empresas o los sindicatos, productora de ideas-mercancía de una mediocridad azarante. Sin duda hay notables excepciones, en la generalidad mediocre de hombres-masa, burócratas y *business-man*, que se licencian en ellas.

Tocqueville estaba persuadido de que la marea democrática de su tiempo era irresistible y que, abandonada a sus propias fuerzas, debía resultar fatal a las sociedades creadoras de Occidente, a menos que la religión cristiana no recordara a todos la dimensión vertical esencial a las civilizaciones y a las sociedades. Pero, advertía que la religión en América era democrática y republicana. El principio sagrado, digámoslo así, de la separación de las Iglesias y el Estado, estima Molnar que es, en gran medida, responsable del vacío espiritual que aflige al país. Recuerda que a finales del siglo pasado el «americanismo» fue condenado por Roma, como una rama del modernismo, una versión del pelagianismo que atribuye a las obras y

a la acción humana mayor valor para la salvación que a la fe y a la gracia. Aparte de esta desviación, buena parte de los obispos han destacado como administradores y *businessmen* más que como guías de la alta espiritualidad. Sin embargo, la Iglesia católica había mantenido claramente que no se halla construida sobre una promesa material, ni sobre la «prosecución del bienestar», sino con la intervención única del más allá en lo temporal, que continua para colmarlo. En el breve espacio de unas décadas había llegado a representar una escapatoria de la banalidad, en un mundo con el ideal de la buena gestión y al que preocupa más tener técnicos competentes que buenos cristianos.

Como había observado Tocqueville, una sociedad basada en el éxito en este mundo (*America is a success storis*) necesita reencontrar lo espiritual y dejarse penetrar por él, bajo pena de degenerar en una especie de totalitarismo tolerante, pero sin alma. Sin embargo, este álito fue cortado por las secuelas del Concilio Vaticano II, que han detenido el renacimiento de la Iglesia católica en América del Norte, a la par que han aumentado su aproximación al modelo americano, activista, pluralista, experimental y democrático.

A pesar del pragmatismo americano, cree Molnar que puede hablarse de una *ideología americana*; no impuesta, como la marxista en Rusia, sino compartida por toda la población; no como una teoría, sino como un modo de actuar, según un modelo flexible de gestos; modelo exportable, con el doble objetivo de realizar una sociedad ideal y de constituir un núcleo al cual deberán adherirse el resto de los hombres y concluir así la historia. Los americanos tienen una muy pronunciada inclinación que favorece esa idea. El genio americano no radica tanto en la producción industrial, en la que japoneses y alemanes también destacan, sino en la distribución de productos, con una red de distribución extraordinaria, capaz de situar cualquier mercancía en cientos de miles de puntos de venta. Pues bien, lo que ocurre con las mercancías también sucede con las ideas (información, explicación, instrucción, fórmulas, recetas) que la red diseminada en los cerebros, sin cesar y a un ritmo alucinante. Pero este desarrollo, a su vez, informa la ideología, pues las ideas-mercancía deben ser aceptadas por el consumidor; la ley del mercado exige la libertad moral e impone la consulta a la voluntad de esos ciudadanos consumidores, a su vez, bombardeados por la publicidad tanto de cosas como de ideas-cosas. Nótese que el hombre colmado de bienes terrenales es el más manipulable, ya que para ello basta manipular los objetos que le rodean.

Esto explica que los *media* en U. S. A. se hayan erigido en el

«cuarto poder». Notemos que al reconocer a cada ciudadano el derecho de colaborar en la marcha de todos los negocios públicos, se les considera investidos de la facultad de discernir entre las diversas opiniones de sus contemporáneos. Esto explica la privilegiada posición de los *media* que las exponen, formulan y difunden. Pero ¿exponen las de todos? Lo cierto es que los grandes *media* imponen su consideración como la voz del pueblo soberano, de modo que toda otra manifestación oral o escrita no puede ser considerada sino como marginal, sin peso en la balanza de la opinión pública. Esta se elabora según la orientación de los *media*, del mismo modo que en las monarquías absolutas las leyes se promulgaban siguiendo la voluntad del monarca, que hoy puede ser la de un grupo de presión oculto, que sólo difunde los puntos de vista admitidos por tales orientadores ideológicos, consultados en exclusiva.

Lo grave es que, siendo el fundamento de los *media* la soberanía popular («todos los ciudadanos son reyes»), es muy delicado tanto censurarlos (¿autocensura del soberano?) como alterar ese predominio, sin una correspondiente modificación del régimen democrático. Los *media* pretenden ser libres en nombre del «derecho del ciudadano a la información». Actúan, a la vez, como parte y como juez, y anuncian el veredicto. Son los censores de las conductas y exigen su exención de toda censura por su conducta. Es una consecuencia del carácter verdaderamente sagrado de la libertad de prensa, sacralidad no concedida por los americanos a ningún otro de sus órganos institucionales.

De hecho, se superpone a la realidad un mundo de *realidad-ficción* que los *media* funden con aquélla, pues sus programadores conocen bien la ideología americana y los límites del público para absorber lo que le es extraño. Esa realidad-ficción requiere un desfile inagotable de actores reales, cuya vida se novela, haciendo de ellos monstruos (Nixon), víctimas (Marilyn Monroe), *superman* (Kissinger), heroes (J. F. Kennedy), etc. De este espectáculo, los *media* se benefician comercialmente, mientras que las ventajas publicitarias recaen en los personajes bien tratados en el desfile presentado. También intervienen en los acontecimientos, como instrumentos decisivos, aun en contra de los intereses de la nación estimados por sus dirigentes políticos. Recordemos Vietnam, los ataques a la CIA, etc. Pero toda esa oposición corresponde a la mentalidad americana, entra en su sistema, lo cual hace que no se mueva en un medio hostil y que tengan gran aceptación en un público homogéneo y propicio en aceptar cuanto los *media* les presentan y tal como se lo muestran.

La *cultura* en U. S. A. viene mediatizada por una doble preocu-

pación por la *homogenización* y por el *éxito*, que conlleva la creación técnica de una cultura de masa al nivel requerido para que todos y cada uno la posean, de modo que puedan funcionar en una sociedad como la americana, emancipada, pluralista, liberal, abierta y reformista, basada en la adquisición de todas las técnicas en curso y de los métodos de transmisión de lo adquirido. Su resultado es la uniformidad cultural, en una mediocridad, en la cual son juzgadas indecentes y socialmente injustificadas la sed de lo desconocido, la inquietud metafísica y la aspiración a la perfección.

La cultura de los U. S. A. se halla así mutilada de lo que da significado a otras culturas, condenada a no ser sino un cuadro de relajación y distracción, en el que ciertamente pueden darse realizaciones admirables, pero en la que deben coexistir en plano de igualdad con lo mediocre, lo que paraliza su función de levadura espiritual. La cultura se convierte de ese modo en industria y juzgada, como tal, como un producto que debe satisfacer al consumidor. Esto explica el fenómeno del *best-seller* o de los cursos populares universitarios, de un semestre de duración y caídos en el olvido un año después.

He ahí, en resumen, una cultura que, por primera vez en la historia, no es reducible a un ejemplo, a un mito, a una religión, ni siquiera a una tradición, que no sale tampoco anónimamente del alma del pueblo, que se dirige a la masa, como «público», con el deseo de colmar un mercado sin límites. La cultura, como el ocio, la información, es un deber cívico de consumo, ligado a la industria, en una especie de actividad triangular que hace marchar al país y a la económica. El genio práctico de los americanos, con sus beneficios en el orden material y sus invenciones que dejan estupefacto, desemboca en una cultura de masas y para las masas, en la que todo se deforma por una ideología optimista y manipuladora.

IV. Las *relaciones entre los U. S. A. y el mundo exterior* están también determinados por su ideología que los autositúa en un plano de inconmensurable superioridad, como representante de la moral democrática y pluralista precisa para las relaciones internacionales y la organización del porvenir del universo. Asume así la misión de conducir la humanidad a la utopía, que se conseguirá por la educación de los pueblos según los rudimentos del americanismo, como ideología y *way of life*. He ahí el ensueño de un entrecruce universal, en el que los hombres aprenderán a fraternizar, amarse y comprenderse al entrar en contacto, unos con otros, que llevará a una especie de «fin de la historia», versión americana del imperio universal de Hegel o de la sociedad sin clases de Marx. Observamos, en

U. S. A., la convicción utópica de hallarnos ante un monumento (la O. N. U.) que encarna el fin de la Historia, la fórmula suprema por la cual la humanidad llega a su objetivo total. Fórmula americana, intentada por Wilson al final de la primera gran guerra y por Roosevelt al concluir la segunda, sintiendo el despertar de una nueva era.

Se produce una confusión entre el hecho de ser una gran potencia y la pretensión de actuar, a la vez, como árbitro moral de la humanidad. De ese modo, concurre esta pretensión moral con un pragmatismo egocéntrico, produciendo la apariencia, al menos, de una hipocresía ingenua por parte de quien no renuncia a sus intereses comerciales, pero retrocede ante el ejercicio habitual del poder. Los U. S. A. prometen protección, orden mundial integrado y utopía; pero, como no logran que se alcancen estos ideales, aireados por la propaganda, sufren desprecios y son detestados. Los pueblos circundantes no conciben que una nación, elevada súbitamente al cenit, predique con un fervor religioso cambios estructurales en el universo humano, juzgan ese fervor ya sea como inconsciencia culpable o bien como una hipocresía convertida en segunda conciencia doblemente falseada. La exportación de su modelo con las mayores redes de organización, les depara las acusaciones de «capitalista», imperialista, intervencionista, neo-colonialista, reaccionario, etc.

El suyo es, sin duda, un nuevo género de mesianismo. Un mesianismo material —del confort, la permisividad, el consumo desenfrenado, la movilidad social— vehiculada por el *Way of life*; y que, en cuanto material, contradice la tradición de casi la totalidad, de los pueblos del planeta, que estiman lo que hace U. S. A. como una contradicción hecha imperio. Esa América rica y desbordante, con su gigantismo y su masificación, mira al mundo como antes contempló su espacio interior del Atlántico al Pacífico; es decir, como objeto de transformación. El ideal de Washington es «metapolítico», aspira a guiar al mundo hacia un estado armonioso inalcanzado, sin hegemonía, sin confrontaciones, mostrándose decidido a comprar la paz al precio de concesiones.

El cuasi-imperio americano se muestra incapaz de decidir: si efectivamente es una nación; si puede tener otra política que la de abstracciones con una envoltura moral; si su misión es la de abolir la política, asegurar la paz perpetua, debilitándose a sí misma para dar ejemplo y para disolver las veleidades agresivas de los otros. Pero, se arguye que la U. S. A., siguiendo la estela de Inglaterra, lo que quiere es garantizar la libre navegación, el acceso a las materias primas, etc., de modo que, en el fondo, la obsesión de paz es una

fachada hipócrita, detrás de la que se disimulan los sórdidos intereses de los super millonarios y de las multinacionales. Lo cierto es que los U. S. A. no parecen discernir bien las líneas de fuerza de ambas políticas.

Según el *establishement*, las tensiones del mundo moderno son el resultado de una evolución global. Según Z. Brzezinsky, primer consejero del presidente Carter, estamos en «la tercera era» llamada «tecnocrónica», edad del humanismo racional a escala planetaria, que nos ha de llevar a la convicción de la libertad personal y de la igualdad universal, para lo cual debe comenzarse por la tarea de desmontar, en un proceso político global, el sistema de los Estados-naciones dinosaurios condenados a desaparecer en el entramado de una política nueva. «Los bancos internacionales y las compañías multinacionales —escribe Brzezinsky— persiguen su planificación y su acción de una manera más eficaz y con criterios más avanzados que los Estados-naciones». Para ello, es preciso adaptarse a un «nuevo contexto internacional», con sus nuevos valores, en busca del cual debe llegarse al desarme unilateral y a la aceptación de los reveses.

Cierto sector de la clase político-financiera de U. S. A., la de los Rockefeller y otros gigantes de la industria y de la banca, se ha aliado con esos intelectuales, creando una simbiosis nueva, que ha roto la anterior y constante oposición entre ambas categorías. Confluye esa alianza con el magnetismo mutuo que se produce entre capitales y técnicos americanos y los grandes espacios y recursos de la Unión Soviética. Cada día son más sólidos los vínculos *económico-tecnológicos* entre Harvard, Washington y Moscú, que se estiman aptos para reestructurar el planeta.

Así se convinan un empirismo cínico, para incrementar los negocios, con un mesianismo ingenuo, funesto por su misma ingenuidad, que pretende un «mundo pluralista», proyección a todo el planeta de la sociedad pluralista americana. Pero la aceptación de los reveses políticos internacionales, que esa política depara a la U. S. A., no recibe de sus adversarios la contrapartida de la aceptación graciosa de reveses semejantes. En cambio, debilitan y desmoralizan al pueblo americano y a sus aliados, mientras que envalentonan los apetitos y aumentan las ocasiones de *chantaje* contra ellos, e incrementan de rechazo la satelización y la servidumbre de las pequeñas naciones.

Es un curioso espectáculo el del *establishement* intelectual americano invitando a los adversarios de su nación para que le ayuden a suprimirla, transformándola en la base de una república mundial.

La duda está en saber si los orolepes de esa ideología americana

han conducido vertiginosamente a un período post-imperial, de decadencia y desintegración, que conlleva el hundimiento de los Estados-clientes y conduce al fin de una civilización. Y, junto a esa duda, se observa la cuestión de la necesidad de burocratizarse, que siente todo imperio en cierta etapa de su evolución, y de dotarse de instituciones «cesaristas». Hoy la burocratización se llama «socialismo» —aunque no se diga así en U. S. A.— y, como siempre, ese período se caracteriza por la ascensión de las clases inferiores, que son protegidas, ya sea por un César, ya por un sindicato, ya por un gobierno burocratizado.

Entra América del Norte en ese momento histórico, aspirando a convertirse en una república mundial de esas características, y con su lealtad transportada a objetivos extra-americanos: las Naciones Unidas, la paz, el humanismo global, la doctrina del gobierno de la mayoría; pero corriendo el riesgo de no pasar de ser sino únicamente el marco de las transacciones comerciales de una nación con base industrial.

En ambos casos, el imperio aparece como una empresa abortada, aunque ese resultado teóricamente corresponda, tal vez, al ideal americano de anunciar el final de todos los imperios, comenzando por el suyo; y exprese, a la par, la quimera del pensamiento hegeliano de llegar al pretendido estado definitivo, que sería, en el caso de la U. S. A., semejante al proyecto santsimoniano sustitutivo de los «gobiernos de hombres» por agencias de la razón pura que se ocupen de «la administración de las cosas».

En esa situación, cree Molnar que: «sólo una élite adecuadamente protegida de la pasión popular y de las tensiones interiores sería capaz de conducir una política internacional; ahora bien, el mantenimiento de la "soberanía popular", cuando el pueblo se desinteresa de la cosa pública y pierde su confianza en las instituciones y procedimientos, no puede sino transferirse a las manos de un personal de baja calidad y, finalmente, a los grupos de presión».

V. La conclusión del libro, *Tocqueville revu*, comienza recordando que, cuando este ilustre escritor contemplaba los U. S. A., éstos constituían un caso asombroso de éxito, objeto de imitación; una experiencia que venía cumpliendo sus promesas y que acabaría de cumplirlas cuando fuera exportado a otras orillas; un modelo que no podía fallar. Hoy la perspectiva que contempla Molnar es otra: al lado de un extraordinario éxito económico y del espectáculo permanente del gigantismo de las estadísticas augurizantes, U. S. A. es la tierra de elección de las *vedettes* y los *supermen*, la tierra natal



## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

de los demiurgos del siglo XX, en una especie de cuento de hadas en el que se cumplen las maravillas tecnológicas, pero el *modelo de sociedad* ya no se halla por parte alguna.

No se ha producido el movimiento centrífugo de los Estados, temido por Tocqueville; pero sí la evolución hacia el despotismo de la mayoría en forma de Estado tutelar, con la consiguiente evolución hacia el presidencialismo, con una burocracia invasora y regulatriz de la vida de los ciudadanos, con la consiguiente disminución del espíritu de iniciativa. Pero las principales modificaciones se han producido en una tercera zona de la cual Tocqueville describió los primeros síntomas, dimanantes de la ideología liberal-igualitarista-progresista, a las que una sociedad pretendidamente amorfa no puede resistir.

Como consecuencia: la economía local ha sido absorbida en la vorágine de los grandes movimientos colectivos y centralizadores; el conformismo, que apenas deja percibir las ideas originales, se ha convertido en un útil auxiliar de la ideología niveladora, a la par que esa pasión igualitaria desilusiona a las élites, incluso antes de su formación, haciendo que los mediocres suban a la superficie.

Es cierto que el *success story* americano se ha fundado en tres factores: el *pluralismo*, que garantiza un puesto igual, de una parte; la mentalidad *liberal*, agresivamente centrada en el éxito y que postula el derecho de cada cual a un consumo ilimitado, de otra, y, en fin, la animación del *igualitarismo*, que empuja hacia el mercado a más participantes y consumidores cada día. Pero, a finales del siglo XX, ya no inspira igual confianza el mecanismo perfeccionado del espíritu geométrico del siglo de las luces. A pesar de ello, se insiste en la captación del elemento rebelde y en los mecanismos de asimilación, para que los negocios continúen y persiste la ilusión de que sus políticos, más prestidigitadores que hombres serios, conseguirán integrar en la unidad, dándole acceso al consumo, al proletariado insaciable manejado por demagogos que invaden las ciudades. La ignorancia de la historia les esconde la lección de que los grandes Estados siempre son conquistados por sus proletarios urbanos. Se olvida que este proletariado es menos resultado de la miseria que de la desafección a alguna lealtad, que no aflora ni en el pueblo ni en sus dirigentes.

Por lo que se refiere a las futuras relaciones con el proletariado externo del tercer mundo y sus demagogos, los U. S. A. han elaborado el castillo de naipes de un modelo «mundial», aplicando a todo el planeta la ideología americana, modelo que es variado por lo menos una vez en cada presidencia, en ingenua búsqueda de la fór-



mula mágica que transformará el mundo exterior. Como la enésima, sugerida por George Kennan, de que el adversario es tan razonable y humano como nosotros y nos dejará estar en paz.

Todo ello es fruto del inmenso optimismo (*¿hybris?*) de que el sistema, las instituciones con el apoyo del pueblo, posee un infinito poder de regeneración y de autorectificación. La ausencia de un pensamiento histórico y político, permite contemplar las instituciones como ideas platónicas inmutables en su esencia, y al pueblo como la encarnación de la eterna sabiduría.

No es concebible un Augusto en U. S. A., dada la imagen de la política dada al pueblo americano, como una especie de juego de lujo, con un desfile de personajes mitad oportunistas y mitad bufones ante los espectadores divertidos. Tampoco una restauración nacional apoyada por el ejército, pues los *media* no pierden ocasión de vilipendiar a los militares, presentándolos como fascistas en potencia, y desde 1945 incluso como criminales de guerra en germen, reliquias de formas atávicas de las relaciones humanas, que no tendrán puesto en la paz universal que pronto quedará garantizada. Tampoco cree viables Molnar una restauración de la derecha, ni una ascensión de la izquierda.

A su juicio, solo queda el *business as usual*, es decir, un conservatismo cauteloso, pero agitado en intervalos regulares por el ruido estridente de los tumultos, escándalos, corrupción, demagogia gratuita y elecciones. Lo que le parece grave es que, en esa vacanal y en ese tumulto habituales, no se distinguen los signos inquietantes de la descomposición social. En el paisaje uniforme de la sociedad americana, en esa nivelación sin élites, no existe autoridad política ni espiritual, que sirva de conciencia a la nación, y le advierte de los peligros que ella corre. Todos hablan con las mismas palabras; todos tienen razón o todos se equivocan. Haría falta que un nuevo Tocqueville, en el propio seno de América, se hiciera oír con una voz lejana, pero valerosa y clara, indicando el camino del futuro en el decurso hacia el tercer centenario de la Unión.

Molnar ha escrito una obra importante, que debiera leerse despacio y meditarse, aquí y por doquier, ante la ola de americanización que nos invade a todos los niveles: educacional, informativo, social, político, en un consumismo de ideas cortas y de cultura mediocre y masificante, como toda pseudo cultura de masas hecha de *best-seller*, de periódicos, de *mass media*, de lugares comunes, convertida en *slogans* difundidos por doquier. Junto a la revolución socialista de la URSS y a la cultural de China, tenemos, aun en U. S. A., el ex-

ponente de la revolución de las Luces, en progresivo estado de descomposición, pero con la capacidad de contagio que le proporcionan la potencia comercial y financiera americana, su tecnología y sus *mass media*.

Juan Vallet de Goytisolo

*Alvaro d'Ors*: ENSAYOS DE TEORIA POLITICA (\*)

Hace unos días apareció este nuevo libro de Alvaro d'Ors. Nuevo libro, pues aunque el autor señale en su prólogo que varios de los ensayos del volumen estaban escritos hace algunos años, sin embargo —además de que el libro contiene trabajos hasta hoy inéditos— el conjunto de todos los ensayos es lo que, a mi juicio, hace que el lector se halle ante una obra originalísima, nueva, del insigne patriota —empleo esta palabra grata a Alvaro— y romanista y foralista destacadísimo.

Destaco, también, el hilo conductor que pasa a través de los ensayos dándoles unidad. Hilo que, a mi modo de ver, es el sano intelectualismo universitario teñido de ironía no ajena al humor galaico (“celta”) semejante al *humour* chestertoniano.

Por ello, y por otras razones, me parece que a d'Ors habría de enclavársele —siguiendo una célebre dicotomía de André Maurois— entre los autores “mágicos” más que entre los autores “lógicos”. Pues aunque la lógica del razonamiento sea siempre impecable, una brillante paradoja está siempre presente en el centro de aquel razonamiento. Así, la lectura de estos “ensayos” no es ya tan sólo interesantísima, formativa y de sólida doctrina (categorías “lógicas”), sino sugerente en sumo grado, bienhumorada —d'Ors, dentro del rigor y de la profundidad de su pensamiento, es también un bienhumorado polígrafo— y, en definitiva, “divertida”, con mil brillantes facetas mentales. Lo que entra de lleno en las categorías “mágicas”, que hacen la lectura —como la vida— más amable y graciosa.

No he de entrar en una pormemorizada recensión de cada uno de los ensayos. Las síntesis que en ellos hace Alvaro d'Ors son difíciles de superar. Por otra parte, resumir más su pensamiento llevaría —cosa no infrecuente en las recensiones— a alterarlo, a deformarlo.

Los ensayos son 15. Van —no cronológicamente— desde el

(\*) Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), 1979, 306 páginas.